

# ATOMIZACIONES

Juan G. Atienza

**R**esulta que nos hemos acostumbrado ya a oír conceptos prefabricados y que los aceptamos sin detenernos a meditar sobre el significado real que se les da desde las altura invisibles de ese poder omnimodo que, generalmente, los expande a su conveniencia por todos los medios de comunicación. Resulta que hasta nos compenetramos ciegamente con ellos y que llegamos a utilizarlos —aunque sólo en apariencia— contra estadios intermedios de ese mismo superpoder, que nos repelen porque los imaginamos como etapa final, cuando son, en realidad, meros peldaños hacia fuerzas que casi nunca llegamos a identificar.

Cuando nos dicen, y nada menos que desde las altísimas esferas de la ONU, que todos los pueblos tienen derecho a la autodeterminación, decimos ciegamente que sí y descargamos nuestra ira impotente sobre los estados que quieren impedir que ese ideal maravilloso se realice. Firmamos en favor de la idea lo que nos pongan por delante y nos sentiríamos avergonzados de poner el menor inconveniente a tal afirmación que es **extrínsecamente** buena, justa, y (añadiríamos nosotros, sin duda) esencialmente humanitaria y progresista.

La idea lleva indefectiblemente a un despertar de la conciencia de muchos pueblos secularmente oprimidos o vejados. Les suena como música celestial, como bandera de libertades esperadas y como urgencia de ejercerlas al precio que sea. Y es precisamente ahí, en el *precio*, donde se insertan las raíces invisibles de esa manipulación que no sólo puede permitirse el lujo de

problamar conceptos ideales, sino que, de hecho, sabe muy bien en qué instante en qué circunstancia tiene que airearlos en su propio beneficio.

Me gustaría prescindir de ejemplos inmediatos y dejar que cada cual los pusiera a su gusto y pensara indistintamente en corsos o en saharauis o en kurdos o en musulmanes filipinos o en bubis o en bretones. Cualquier ejemplo sería válido, porque son muchos los pueblos de la tierra a los que se ha obligado prácticamente a prescindir de su identidad para integrarlos en unidades socioeconómicas o religiosas más poderosas, que les han impuesto una despersonalización, un idioma, unas formas de gobierno precisas y unos módulos de conducta que no casaban con la tradición secular del grupo y que, en consecuencia, lo han anulado (al menos parcialmente) mediante el ejercicio del poder opresivo.

Sin embargo, el sentido de estas reivindicaciones cambia sustancialmente desde el instante en que se producen cuando la estructura económica planetaria —y hasta la estructura ideológica— ha sufrido una evolución tal que resultan prácticamente imposibles la independencia pura y simple, el auténtico autogobierno y la realización de un ideal cualquier desde la entraña misma del pueblo que lo quiere vivir. En primer lugar, porque el acceso a esa autodeterminación es totalmente imposible a menos que se reciba algún tipo de ayuda exterior. Ayuda que, por una parte, habrá de llegar precisamente de un rival —económico, político o religioso— de la entidad opresora; y que, por otra, exigirá indefectiblemente el pago del fa-